



Apunte 2 / 2022

14 Marzo 2022

Guerra híbrida en Ucrania

Fernando del Pozo

El que queda retrasado en sus preparativos no dispone de otro medio que la superioridad de la guerra defensiva para compensar un poco el detrimento que experimenta. Carl von Clausewitz

El legítimo objeto de la guerra es una paz más perfecta. Marco Tulio Cicerón

Qué es la guerra híbrida

La guerra híbrida es “el uso sincronizado de múltiples instrumentos de poder adaptados a vulnerabilidades específicas en todo el espectro de funciones sociales para alcanzar efectos sinérgicos”.¹ En otras palabras, aunque es difícil mejorar una definición tan sintética, la guerra híbrida utiliza para la consecución de objetivos políticos todas las posibilidades que le ofrecen no sólo las fuerzas armadas, sino la economía, los medios de comunicación social, los agentes sociales, como partidos políticos, sindicatos, etc., en definitiva todo aquello que un Gobierno puede utilizar para ejercer influencia en el enemigo con objeto de que se doblegue y rinda, y lo hace de manera coordinada para influir positivamente unos elementos de la guerra híbrida en otros.

¹ “Understanding Hybrid Warfare” Mando de Transformación de la OTAN, *Multinational Capability Development Campaign*, Enero 2017.

No es ni una forma de conflicto – a pesar del desafortunado nombre - ni una opción política, es una acción, una herramienta, operando en el mismo plano que una operación militar convencional, pero de manera más sutil y frecuentemente oculta. La guerra híbrida no es ni más ni menos que un modo de expresar de manera extensiva el concepto de la guerra misma, que según von Clausewitz es “un acto de fuerza para obligar al enemigo a hacer nuestra voluntad”.

Así las cosas, el más conocido y repetido aforismo del estratega prusiano “la guerra es la continuación de la política por otros medios” se queda corto. En realidad, la guerra – entendida como lo hubiera hecho el autor de *Vom Kriege* y en general sus contemporáneos, es decir el choque cinético de dos fuerzas armadas organizadas – no es sino una de las varias herramientas de la panoplia que el gobernante tiene a su disposición, uno de los “múltiples instrumentos de poder adaptados a vulnerabilidades específicas” a los que alude la definición que hemos adoptado. La diferencia entre esa herramienta -la cinética – y las otras es que, por razones bien comprensibles, es la que marca la apertura y conclusión de hostilidades. Dicho de otra manera, las variantes no cinéticas de la guerra se utilizan no sólo durante sino también antes y después de las hostilidades formales.

Si el uso de la expresión “guerra híbrida” se ha hecho popular últimamente, incluso adquiriendo ese nombre propio de que antes carecía, no es porque antes no existiera, es porque los componentes no cinéticos – principalmente los que operan en el ámbito cognitivo - han aumentado en importancia en los últimos conflictos, sobre todo los que usan los medios de comunicación social, cada vez de mayor influencia, y necesitábamos un término para expresar esa coincidencia de fines en el uso de herramientas tan dispares. Ello no quiere decir que ese uso de elementos no militares sea completamente nuevo, sus orígenes son tan remotos como la guerra misma: Publio Cornelio Escipión el Africano sembró de sal los campos de Cartago tras su victoria en Zama sobre Aníbal, en uno de los primeros casos documentados de guerra económica; y la propaganda y la mentira se han usado desde siempre en apoyo de las propias posiciones, al extremo de que se ha hecho axiomático el dicho “la primera víctima de la guerra es la verdad”.

Históricamente, incluso incluyendo aquel remoto ejemplo, la guerra cinética ha tenido primacía, sin duda por su mayor, más inmediato y más medible poder destructor, lo que le da mayor poder de coerción. Otros componentes simplemente complementaban o acompañaban a la guerra cinética, proporcionando coartadas para iniciar hostilidades, como en el incidente de Gleiwitz², o cooperando con ella, como las declaraciones mutuas de bloqueo continental por los dos bandos en las guerras napoleónicas, acto económico aunque hecho efectivo de varias maneras, incluyendo el uso de fuerzas navales. Mucho más actual, pero combinando distintos elementos,

² En el incidente de Gleiwitz, a fin de crear propaganda para justificar el ataque a Polonia, tropas alemanas con uniformes polacos simulaban un ataque a la estación radio alemana de aquel nombre y presentaron posteriormente como prueba los cadáveres de prisioneros de Dachau asesinados y revestidos a tal fin.

en la guerra subversiva del Donbas, epítome y referencia de todos los debates recientes sobre guerra híbrida, Rusia ha utilizado desde 2014 desinformación, propaganda, guerra subversiva y guerra convencional, acompañadas éstas últimas de ocultación o denegación³, para simular que sólo es obra de locales, todo ello coordinado para un mayor efecto.

La guerra en el ámbito cognitivo: denegación y ocultación

La denegación y la ocultación cobran particular importancia en una era en la que es muy difícil mantener intenciones, planes o acciones ocultos. En el pasado generalmente bastaba mantener un documento bajo llave para que su contenido no trascendiera; asimismo, la noticia de un ataque a una posición aislada tardaba tiempo en llegar, tal vez suficiente como para permitir la explotación de sus efectos por el atacante antes de la reacción del atacado; un barco desaparecía tras el horizonte y su paradero se convertía en un misterio, y, más importante, su aparición posterior en una sorpresa. Hoy, la vigilancia satelital, o de aviones - tripulados o no - de gran permanencia y altitud, permiten generalmente saber qué ocurre mucho más allá de la línea de contacto con el enemigo o del horizonte; la guerra electrónica y ciber-guerra permiten dificultar o penetrar las comunicaciones y archivos del enemigo; y a nivel personal, cada ciudadano provisto de un teléfono de bolsillo es un informador preciso y casi irrefutable. Es por ello por lo que impedir esas informaciones es particularmente importante, y las que superan ese impedimento siendo capturadas por el oponente son especialmente valiosas. Al mismo tiempo, esos medios de vigilancia y de explotación de la información son manipulables como nunca lo fueron, y por lo tanto objeto de sospecha.

En las semanas anteriores a la invasión – tajantemente negada por quien ya la había decidido - la publicación por los Estados Unidos de inteligencia sobre los planes rusos, en un novedoso ejercicio de “disuasión por descubrimiento”, en realidad una contramedida a la denegación y ocultación rusa, al parecer ha tenido considerable éxito obligando a posponer la operación varias veces y posiblemente forzando su ejecución en un momento menos conveniente (un efecto secundario habrá probablemente sido la búsqueda en el Kremlin del origen de las informaciones). Tal vez más importante, la “disuasión por descubrimiento” ha abortado más de

³ El caso más patente y descarado de negación fue el del derribo del vuelo Malaysia Airlines MH17 en julio de 2014 por un misil ruso disparado desde la provincia ucraniana de Donetsk. La autoría de una batería del ejército ruso, que una vez cometida la fechoría cruzó de nuevo la frontera reintegrándose a Rusia, está perfectamente documentada, incluso los perpetradores han sido identificados y varios procesos judiciales contra ellos están en curso. Rusia ha estado utilizando diversas “explicaciones” en evitación de la culpa, desde la inicial negación pura y simple de haber tenido nada que ver con ello, pasando por la afirmación de que los actores fueron fuerzas antiaéreas o un avión militar ucraniano, hasta la sugerencia de que todo ello ha sido una enorme falsificación usando cadáveres de otra procedencia. Lo interesante es que las dos últimas versiones son incompatibles, lo que no parece importar a los servicios de inteligencia que las propalan.

una operación tipo *Gleiwitz*, obligando así a comenzar la invasión sin cobertura legal ni justificación alguna, por endeble y falsa que hubiera sido, lo que a su vez ha facilitado la credibilidad de la versión ucraniana (y occidental en general) de un ataque totalmente injustificado, que ha sido universalmente aceptada. La importancia de la sinergia a que alude la definición de guerra híbrida que proponíamos al principio aparece aquí de manera muy clara.

A pesar del desconcierto creado por la “disuasión por descubrimiento”, Rusia ha logrado crear confusión a su vez respecto a la realidad y el momento de la invasión por el procedimiento de reconocer formalmente la independencia de las provincias de Donetsk y Luhansk, y pedir seguidamente a la Duma autorización para enviar “fuerzas de mantenimiento de la paz”, lo que lógicamente llevaba a descartar la invasión general, pues en tal caso la declaración y envío de fuerzas habrían carecido de sentido. La invasión un par de días más tarde consiguió efectivamente el efecto sorpresa, aunque luego no fue en la práctica aprovechado en el ámbito cinético, o, dicho en el lenguaje de la definición de lo híbrido, no ha producido sinergias.

La guerra en el ámbito cognitivo: la narrativa

Tras el comienzo de la invasión rusa del territorio ucraniano la guerra cinética como era de esperar ha recobrado su tradicional protagonismo, pues la destrucción y muerte que conlleva son evidentes e inocultables en su horrorosa magnitud, pero otros componentes no han cesado, adaptándose a la nueva situación. Entre ellos destaca ahora la propaganda, o si se quiere la “narrativa”. La evidencia de la destrucción requiere, además de un intento de ocultación que al menos fuera de Rusia está resultando fútil, una justificación. De manera inexperta, las razones aludidas a falta de un *Gleiwitz* han sido de una increíble pobreza dialéctica: un confuso panfleto pseudo-histórico firmado por el propio Putin que pretende llevar a la conclusión de que Ucrania en realidad no existe, que es una ficción fabricada en parte por el comunismo y en parte por oscuras fuerzas occidentales; la afirmación de que el pueblo de Ucrania está abducido por unos dirigentes neo-nazis y drogadictos (literalmente) a los que hay que “neutralizar”, con lo que el amor entre los diversos pueblos rusos volverá a ser lo que era, que es de una fantasía inenarrable; todo ello de ínfima capacidad de convicción, aunque puede tener cierta tracción en un pueblo al que se ha acostumbrado desde hace muchos años a identificar “enemigo” con “nazi”, como resultado de la memoria gloriosa de la “Gran Guerra Patriótica”.

En contraste, la narrativa del Presidente de Ucrania está siendo simplemente magistral, pues se basa en unos pocos principios básicos difíciles de disputar: han sido atacados por una fuerza muy superior a la que no han provocado, por lo que son víctimas, no agresores ni siquiera meramente contendientes; y la razón por la que han sido atacados es porque defienden la libertad y la democracia. Esta combinación de mensajes es imbatible, tanto entre los suyos como especialmente en el mundo occidental en el que Ucrania aspira a integrarse.

Algunos aspectos más elaborados que los anteriores de la narrativa rusa han adquirido cierta credibilidad en algunos círculos occidentales, particularmente el argumento de que la OTAN trataba de avanzar hacia el este para aislar a Rusia, contraviniendo con ello ciertas promesas hechas a Gorbachov y reiteradas a Yeltsin inmediatamente antes y después de la desintegración de la URSS. La verdad es que tales promesas nunca fueron plasmadas en un papel, y que en el contexto de las conversaciones en las que se aireó el tema se entiende que se referían a la instalación de armamento en Alemania del Este, según ha explicado el propio Sergei Gorbachov. Cabe también recordar que en 1997, la OTAN, que entonces tenía 16 aliados, consciente de los deseos de las repúblicas antiguos miembros de la URSS o aliados del Pacto de Varsovia de unirse a las instituciones europeas, lo que hicieron en masa durante los años siguientes, y de los recelos que ello podría suscitar sobre todo en la antigua potencia dominante, creó dos organismos, el *NATO-Russia Council* y la *NATO-Ukraine Commission*, prácticamente idénticos, con ánimo de incrementar la cooperación y atraer a ambas naciones.

Personalmente participé en esas reuniones periódicas a nivel Comité Militar y estuve presente en las mismas en versión Consejo Atlántico, de 1998 a 2001 y de 2004 a 2007, este último período en calidad de Director del Estado Mayor Internacional, encargado por tanto de preparar la agenda y redactar las conclusiones de acuerdo con ellos a nivel Comité Militar, y recuerdo perfectamente la diferente actitud de ambos, por otro lado fáciles de comparar por la similitud de las reuniones: la rusa era obstruccionista y confrontacional, la ucraniana de colaboración y deseo de hacerlo bien. En mi opinión ello demuestra que la presión y amenaza que Rusia atribuye al expansionismo occidental no han sido creadas por recientes ampliaciones, sino que es una cuestión de infundada desconfianza rusa que se remonta al menos a 1997, y que los malvados planes de la OTAN son pura fantasía.

Pero lo que ha resultado el mayor fracaso de todos los diversos componentes de su narrativa ha sido la afirmación rusa de que se trata de una de una “operación militar especial”, de ningún modo de una guerra, palabra ésta última censurada y perseguida tanto en las comunicaciones oficiales como en las crónicas originadas en Rusia por periodistas propios y ajenos. Este esfuerzo por negar que se trate de una guerra no sólo ha fracasado, sino que ha resultado contraproducente para los intereses rusos. La contradicción entre esta narrativa y la que propala que los ucranianos están recurriendo a “bombas sucias” y a armas químicas y biológicas es patente, y en ningún comentario o declaración se expresa mejor que en el que ha sido atribuido al Ministro de Exteriores ruso Serguei Lavrov el día 8 de marzo por la embajada rusa en Londres: “El objetivo de la *operación militar especial* emprendida por Rusia es detener cualquier guerra que pueda tener lugar en Ucrania o que pueda originarse allí”. Si el comentario es apócrifo la ironía es palmaria, pero sintetiza muy bien el fracaso del esfuerzo de propaganda; si es auténtico, como parece, suscita graves dudas sobre el estado mental de quien niega el carácter de guerra a la catástrofe provocada en todo Ucrania, mientras se lo adjudica de lleno a la situación de subversión que, incitada por la misma Rusia, ocurría en parte de dos de las provincias orientales.

Más recientemente, y tras las fallidas conversaciones con el Ministro ucraniano de Asuntos Exteriores en Ankara, el mismo Lavrov ha dicho frente a periodistas que “no hemos atacado a Ucrania y no planeamos atacar a otros países”, lo que dota de autenticidad al comentario anterior. Es difícil encontrar un comentario adecuado a semejante muestra de cinismo... o de total desconexión con la realidad.

La guerra legal

Siempre es difícil aislar los aspectos legales de una guerra entre estados, pues “la defensa está basada en reglas y estándares acordados por algunas naciones contra un actor que sigue reglas diferentes o ninguna, como los actores, estatales o no, que usan el terrorismo como arma, o que invaden otro país para tomar posesión de un territorio en desafío del orden internacional”⁴ (en aras del pernicioso nacionalismo étnico y la inmoralidad de la pureza racial, o la sustitución de la estructura política por otra más afín, podríamos añadir). No existe por tanto un referente para ambos bandos que pueda ser utilizado como un papel tornasol que nos diga irrefutablemente si algo contraviene esas reglas y estándares.

Ello no obstante sorprende que Ucrania y los países occidentales no hayan aireado con más energía el Memorando de Budapest de 1994, en el que, a cambio de la entrega a Rusia por Ucrania (y también por Bielorrusia y Kazajistán) del armamento nuclear que entonces tenían por herencia de la URSS (el de Ucrania era el tercero del mundo), los Estados Unidos, el Reino Unido y la Federación Rusa garantizan la integridad territorial e independencia política de las tres nuevas repúblicas. Mientras otros aspectos relacionados con estos valores y mencionados más arriba pueden ser debatibles (y en mi opinión la posición rusa en ellos rechazable), en algún caso por falta del documento pertinente que lo recoja, el Memorando de Budapest es sujeto de derecho internacional, y su flagrante incumplimiento precisamente por uno de los firmantes debería ser objeto de más amplio reproche en las Naciones Unidas y en todo foro internacional.

Un aspecto legal salpica bien lejos del campo de batalla. Según la respetada revista *The Economist*, las conversaciones en Viena entre los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas más Alemania, por un lado, e Irán por otro, están a punto de fracasar por la repentina exigencia rusa de ligar las sanciones económicas que se le están aplicando por la invasión de Ucrania con las que están a punto de ser levantadas a Irán relacionadas con su programa nuclear. Esta injustificada exigencia amenaza con descarrilar todos los esfuerzos que estaban a punto de rendir fruto, y dado lo avanzado del programa iraní apenas hay tiempo de volver a encarrilarlo, para decepción de todos los demás participantes de ambos bandos. Rusia en cambio, si no consigue exceptuarse de algunas de las sanciones al

⁴ Dymock, A., Hebrard, P., Feldt, L., del Pozo, F., Sanfelice di Monteforte, F., *Europe and the Sea, A Continuing Story*, Mittler 2021, p. 100.

menos impide el beneficioso efecto de la entrada de petróleo iraní en el mercado, deseable para paliar los efectos de la guerra que ha provocado.

La guerra cibernética

La parte *ciber* de la guerra híbrida es difícil de analizar, bien que los resultados tampoco están siendo favorables a Moscú. Por razones oscuras la red internet en todo Ucrania sigue mayormente operativa, cuando se esperaba su rápida anulación, incluso mejorada por la activación gratuita del sistema de internet satelital *Starlink* por Elon Musk, una de las varias intervenciones privadas en favor de Ucrania, otra de las novedades en esta guerra. La teoría de algunos analistas es que las propias fuerzas rusas necesitan el internet nacional ucraniano para sus comunicaciones, ya que tienen que parasitar las redes locales porque las que debían acompañar a la fuerza simplemente no funcionan, a pesar de que hace tan sólo unos meses anunciaron con alharaca un nuevo sistema de comunicaciones cifrado para unidades militares móviles.

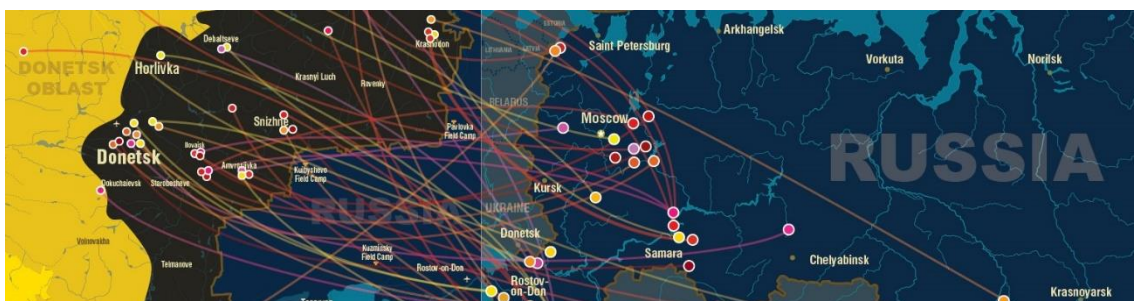
Como resultado, la información de lo que ocurre sobre el terreno fluye libremente desde las autoridades y la población ucraniana hacia el exterior, y es recogida por agencias de noticias, prensa libre, y medios de comunicación social. En contraste, la versión rusa de los acontecimientos apenas es difundida, debido a los impedimentos que el propio Gobierno ruso pone a todo flujo de información. Sólo la televisión oficial rusa funciona sin problemas, pero es el medio preferido por una aplastante mayoría de la población rusa, lo que la hace más eficaz de lo que estamos acostumbrados en otros países. En resumen, la situación en el campo cibernético duplica y refuerza el contraste de ambas narrativas.

La guerra económica

La potente reacción económica de la Unión Europea y Estados Unidos a la inicua invasión rusa de Ucrania es desde luego otra manifestación de guerra híbrida, así como la cesión de armas a los combatientes ucranianos. Aunque el componente económico de la guerra que se está librando es bien conocido, sus detalles escapan al común de los mortales dado lo esotérico de la manera como funcionan las finanzas. Claramente no sólo la ventaja, sino la práctica totalidad de los esfuerzos en este campo es de la UE y los EEUU. Pero su éxito, como el de todos los componentes no cinéticos de lo híbrido, es difícil de cuantificar, y como los componentes cognitivos necesita de tiempo para poder ver resultados. El fracaso de la guerra económica como disuasor en recientes ocasiones históricas, como la impuesta a Alemania al comienzo de la I Guerra Mundial, y al Japón antes de la II, no invita al optimismo, pues tuvieron los contraproducentes efectos de precipitar reacciones cinéticas en los embargados.

Otras ocasiones en que se han aplicado, como en Irán en 1979, en la República Popular Democrática de Corea, en Cuba y el mismo Irán de nuevo de manera más reciente y duradera, o, en un inusitadamente certero ejemplo para el caso actual, las impuestas por Estados Unidos a la Unión Soviética tras la invasión por ésta de Afganistán en 1979, no han producido ese violento efecto de reacción, pero han resultado perfectamente ineficaces para lo que se pretendía, como demuestra el hecho de que varias de ellas llevan durando décadas sin apenas cambio. Ello, no obstante, siendo esta vez las sanciones mucho más ambiciosas hay confianza generalizada en su efectividad, aunque la comparación entre unas y otras, incluso siendo tan próximas en el tiempo como las citadas, es dudosa en un contexto económico radicalmente distinto. De todos modos, salta a la vista que a las medidas económicas tomadas esta vez les falta un componente esencial para completar su efecto disuasorio, esto es, la clara exposición de las condiciones bajo las cuales se levantarían. Faltando esto las acciones económicas toman el aspecto de un castigo en lugar de ser una disuasión, su efectividad disminuye, y no se logra disociar a la opinión pública de sus criminales gobernantes.

Pero también Rusia está actuando en este campo, aunque de manera mucho más débil, como corresponde a su muy inferior poder económico: ha ofrecido levantar ciertas sanciones unilaterales a Georgia sobre importaciones rusas de productos agrícolas georgianos básicos, de los que la guerra ha provocado instantánea escasez, a cambio de que Georgia no se una a las sanciones occidentales a Rusia (a lo que Georgia se ha negado). Más que de la impotencia rusa, esto nos habla de la efectividad occidental. Y en demostración de los paradójicos efectos de las relaciones económicas, mientras occidente se afana en reducir vínculos económicos con Rusia, incluyendo la reducción de las compras de gas y petróleo, vitales para las economías centroeuropeas, la misma Rusia amenaza con cortar radicalmente esos mismos suministros cuya venta es tan importante para ellos. Ello demuestra que ambos bandos reconocen que el daño de una medida económica se produce en ambas direcciones, solo que discrepan al valorar la entidad del daño a cada uno. Y como en la fábula del caballero envidioso, aceptan arrancarse un ojo con tal de que al contrario le arranquen los dos.



Fuerzas irregulares

Otro componente de lo híbrido, uno de los más conocidos desde la toma de Crimea en 2014 y popularizado con el nombre de “hombrecillos verdes”, es el uso de fuerzas irregulares, mercenarios o contratados. El grupo *Wagner*, propiedad de un socio muy próximo de Putin, cumple unas especificaciones similares a las de la compañía militar privada americana *Academi*, ex *Xe Services*, ex *Blackwater*, el nombre que la llevó a la fama. Sin embargo, hay investigadores que sostienen que *Wagner* tiene poco de privada, estando financiada, controlada y dirigida por el propio Kremlin. Más que un negocio de seguridad abierto a todo el mundo como *Academi*, *Wagner* trabaja sólo para el Gobierno ruso, y su principal utilidad es proporcionar *denegabilidad* a operaciones planeadas y decididas por el propio Estado Mayor de la Defensa ruso que podrían producir, de ser llevadas a cabo por fuerzas regulares, daño reputacional. También grupos irregulares de guerreros chechenos se han incorporado a las hostilidades, al parecer con la misión específica de asesinar al Presidente ucraniano.

En el bando contrario también hay fuerzas irregulares, aunque de otro tipo. Se componen principalmente de ciudadanos ucranianos apresuradamente movilizados, sin apenas adiestramiento; voluntarios extranjeros, agrupados por conveniencia en una suerte de Legión Extranjera, pero al parecer encuadrados formalmente en las Fuerzas Armadas ucranianas, al igual que los movilizados antes aludidos; y los tradicionalmente belicosos cosacos con su propia milicia. Hay además una pequeña fuerza que parece operar por su cuenta, el Batallón Azov, políticamente motivado y cohesionado, que en otras circunstancias produciría más inconveniencia que ayuda a causa de sus conexiones políticas. Ninguna de estas fuerzas parece tener como objetivo llevar a cabo acciones objetables mientras se mantiene la *denegabilidad*.

Conclusión

En definitiva, los componentes no cinéticos de la guerra híbrida se están manifestando en esta guerra con más variedad e intensidad que en otros conflictos anteriores. Todos los elementos constitutivos, económicos, cibernéticos, cognitivos y de otros tipos, están presentes, pero si acaso se nota la ausencia en el bando ruso – seguramente por torpeza, como en algún caso se ha señalado más arriba – de una coordinación eficiente entre ellos, fallo que ha impedido o al menos limitado el principal elemento de la guerra híbrida, el efecto sinérgico.

Fernando del Pozo, Almirante (Ret.) de la Academia de las Artes y las Ciencias Militares. Colaborador del Centro de Seguridad Internacional del Instituto de Política Internacional.